

solvieron a arrostrar con el peligro, y animados de la venganza rompieron la guerra contra los Españoles empezando por reducir a pavesas los bergantines que dominaban la laguna, y atacando despues con el mas grande furor el cuartel de sus agresores. Alvarado logró proporcionarse medios de escribir a Cortes, comunicandole el apuro en que se hallaba, avisandole que muchos Españoles eran muertos, que los almacenes habian sido incendiados, y que aunque todavia se oponia resistencia, se hallaban en visperas de perecer de hambre o sucumbir a la multitud de los Mejicanos y de sus constantes y repetidos ataques.

Penetrado Cortes de la urjencia del caso no detuvo su marcha sino los momentos precisos para disponerla, y cuando todo estuvo listo se puso en camino llevandose al paso por Tlascala dos mil soldados de esta republica. Al pisar el territorio del imperio conoció que el resentimiento contra los Españoles no era solo de la capital, pues los lugares del transito se hallaban enteramente abandonados de los habitantes y desprovistos de viveres. Nada se opuso a la entrada de Cortes en Mejico, pero nadie se presentó tampoco a cumplimentarlo como era de costumbre entre ellos con menos motivo que una victoria tan señalada cual la que se habia obtenido. Alvarado y sus compañeros respiraron con su llegada prometiendoselo todo de la prudencia y valor

del general asi como del aumento considerable que habia recibido su ejercito. Sin embargo muy pronto empezaron a conocer toda la estension y gravedad del peligro. Las ventajas que Cortes habia adquirido y la constante fortuna que hasta entonces habia coronado sus empresas le hicieron perder su genial circunspeccion, y predominado por una vanidad que le hace muy poco honor, llegó a tenerse por invencible. Moctezuma fué uno de los primeros que sufrieron los efectos de su orgullo mal reprimido, pues no solo fué recibido con frialdad sino tratado con aspereza, conducta que advertida por algunos de sus familiares se supo inmediatamente en la ciudad y acabó de determinar a los Mejicanos a hacer el ultimo esfuerzo para destruir el ejercito español, y procurar la libertad de su patria y de su príncipe.

Parece muy probable que desde que se acordó definitivamente la guerra por los principales miembros y subditos del imperio, el plan fué hacerla dentro de Mejico cargando sucesivamente sobre el cuartel de los Españoles las fuerzas todas de la nacion. Las ventajas de este proyecto eran tan visibles que no podian ocultarse a los Mejicanos aun cuando se les suponga muy estolidos, pues solo teniendo encerrado el ejercito se le podria atacar cuando se quisiera y hubiese oportunidad para hacerlo, cortarle el agua y viveres y usar a discrecion

todos los medios de destruirlo, y aun este acaso fué el motivo por que no se puso obstaculo a la entrada de Cortes; nada de lo cual se podria hacer si se hallase fuera y en estado de elejir y determinar por sí mismo sus movimientos. Como quiera que sea, en los primeros dias que este general ocupó segunda vez a Mejico se rompió abiertamente la guerra, y ya no hubo descanso para los Españoles hasta la victoria que alcanzaron en Otumba.

La incomunicacion en que se hallaba Cortes, y el deseo de salir de ella, le obligaron a despachar por la ciudad una partida que procurase atraer a algunos de los habitantes para saber sus designios; pero temiendo por otra parte que fuese sorprendida, la puso al mando del capitán Diego de Ordaz, y la aumentó hasta cuatrocientos hombres. Esta partida empezó a recorrer las calles de la ciudad y a poco andar encontró otra mejicana en estado hostil, pero de poca fuerza, que empezó a retirarse como si hubiese sido sorprendida. Ordaz se empeñó en seguirla con el objeto de hacer algunos prisioneros que diesen noticia del estado de las cosas, mas cuando volvió sobre sí se halló por todas partes cortado; su frente y su retaguardia se hallaban envueltos de numerosas fuerzas enemigas, y de las azoteas llovian, sin cesar, piedras y flechas que lo oprimian por todas partes. Ordaz logró á costa de mucho trabajo abrirse camino, pero no sin gran pérdida, pues

perecieron ocho Españoles, y el con todos los suyos quedaron heridos mas o menos gravemente.

Cortes entró en grandes temores cuando vió los tristes resultados de esta victoria, y creyó que podria escarmentar a los habitantes de la ciudad por una salida que, como la de Cholula, causase grandes destrozos en hombres y edificios. Mas antes de ejecutarla le previnieron los Mejicanos, pues apenas habia llegado Diego de Ordaz cuando cayeron sobre el cuartel con una decision y furor hasta entonces desconocidos. Se empezó a jugar sobre ellos la artilleria que se los llevaba a centenares; pero sin que les hiciese la menor impresion la vista de sus perdidas, reemplazaban estas con gentes de refresco, que acercandose al muro procuraban escalarlo, romper las puertas y apoderarse de las ventanas. Los Españoles se hallaban oprimidos por el numero y decision de sus enemigos, y rendidos de fatiga no podian ya sostener las armas, cuando afortunadamente para ellos vino la noche a separar los combatientes. Entonces cesó el furor del ataque pero no las hostilidades, que continuaron sordamente. El cuartel fué incendiado por varios puntos, y hubo gran dificultad en apagar el fuego y mayor riesgo en hacerlo, pues para conseguirlo se hizo necesario abrir algunas brechas que debian despues cerrarse con el fin de que no facilitasen el paso al enemigo. Este que en la noche conoció las inmensas pérdidas su-

fridas en el ataque del dia anterior no quiso repetirlo, pero provocó a los Españoles a que saliesen a medir sus fuerzas con ellos en las calles. Cortes, que ya lo tenia resuelto no se hizo esperar mucho tiempo, y despues de haber dejado en el cuartel la guarnicion suficiente, dividió sus fuerzas en tres trozos, dos de ellos para ocupar las calles del flanco y asegurar la retirada, y el tercero bajo sus ordenes para atacar lo que le hiciese resistencia por el frente. Estos cuerpos tenian instruccion para obrar de modo que llevasen siempre por delante al enemigo dirijiendose todos a la plaza principal donde debian reunirse. Dadas estas disposiciones empezó el combate: los Mejicanos se mantuvieron largo tiempo sin perder terreno, y tan cerrados que a muchos les era imposible el uso de las armas, se arrojaban con furor sobre las filas de los Españoles, y peleaban cuerpo a cuerpo con ellos pereciendo cuantos lo hacian; los claros causados en la multitud por la artilleria se cerraban inmediatamente, y el número de cadaveres que embarazaban el paso se aumentaba por momentos. Cuando por fin empezaron a ceder el puesto, lo hicieron no como quien huye sino como quien pretende trasladar a otra parte el combate, pues su retirada se hacia siempre dando el frente, disputando el paso de los puentes, rompiendo estos cuando no se podian sostener, y defendiendo obstinadamente la orilla opuesta. Los de las

alturas hacian tambien su oficio, arrojando sobre los Españoles cuanto podia incomodarlos; y como esta clase de enemigos se hallaban a cubierto tras de los pretiles sin que pudiesen recibir daño de las armas de fuego, se mandaron incendiar muchas casas del transito,

Todo esto pasaba al mismo tiempo en los diversos puntos en que peleaban, avanzando los tres cuerpos del ejército español, los cuales lograron por fin reunirse en la plaza mayor, y entonces cargaron sobre la multitud de los Mejicanos que tenian al frente, y los derrotaron completamente poniendolos en precipitada fuga. La acción duró hasta muy entrada la tarde, y Cortes viendo rendidas del cansancio sus tropas y temiendo el separarse mucho de su cuartel, resolvió retirarse y lo hizo sin oposicion ninguna, decidido a volver a la carga el dia siguiente. Esto no pudo verificarse por la necesidad de atender a los heridos que fueron muchos, y de procurarse alguna mas seguridad, pues perdió doce Españoles, y no podia ocultarsele que victorias obtenidas a tanta costa acabarian por destruirlo.

Tres dias se pasaron en disponer la nueva salida: entretanto los enemigos, al frente del cuartel y en frecuentes aunque cortas escaramuzas, molestaban sin cesar, y aunque se propuso la paz por conducto de los familiares de Moctezuma, esta tentativa fué inutil. En estos dias se construyeron tambien algu-

nos castillejos portátiles de madera, capaces de contener el número suficiente de hombres para escalar los edificios. La fuerza de los Mejicanos había aumentado considerablemente por el llamamiento de toda la gente de los lugares circunvecinos, y la ciudad se hallaba por todas partes erizada de trincheras y empalizadas, que se habían levantado a trechos para facilitar y hacer menos costosa la resistencia. Cuando ya por ambas partes se habían tomado todas las precauciones posibles y adelantado disposiciones conducentes para renovar con ventaja la pelea, se dió principio a esta por la salida del ejército de Cortes, compuesto de casi todos los Españoles, y de dos mil Tlascaltecas. Los Mejicanos se condujeron con el mismo valor, dando y recibiendo sus cargas con un orden y concierto que no habían tenido en la jornada precedente. Las máquinas de madera a muy poco quedaron enteramente inutilizadas, y los Españoles tuvieron que abandonarlas para atacar por el camino ordinario a sus enemigos que retirándose tras de los parapetos, y levantando los puentes de las acequias, embarazaban continuamente su marcha. La artillería estaba en continuo ejercicio, y aunque por su medio se abrían grandes brechas en los parapetos, el daño de los que los defendían, aunque grande, como era menor que el que se había padecido antes, lejos de desanimar alentaba a los Mejicanos. Así se pasó todo

el día en el ataque de puestos muy disputados, que cuando caían en poder del vencedor de nada podían servirle, por la necesidad de abandonarlos y de que quedasen a discreción del enemigo que podía renovar en ellos la oposición y defensa. El resultado de la salida de este día fué la destrucción de una gran parte de la ciudad, y una pérdida asombrosa en el ejército mejicano; la del español no fué corta, algunos murieron, muchos salieron gravemente heridos. Cortes lo fué en una mano, y cuando la fogosidad y calor del combate que lo habían ocupado todo el día dieron lugar a la reflexión, conoció que los Mejicanos no podían como los de Cholula, ser amedrentados con derrotas, y que si las victorias que obtenía contra ellos se repetían, muy pronto se quedaria sin ejército.

No se resolvía a salir fuera de Mejico ni abandonar una ciudad cuya posesión le había costado tanto; pero tampoco hallaba medio de mantenerse en ella; sobre todo, cuando pensaba en la retirada conocía la dificultad de hacerla, ya fuese abriéndose camino con la punta de su espada o procurando-sela por las vías poco decorosas de una negociación. En esta incertidumbre se hallaba cuando lo llamó Moctezuma: luego que Cortes se le presentó, lo reconvino por su tardanza en salir de la capital, atribuyendo a ella la sublevación de sus subditos que le había pronosticado cuando por la pri-

mera vez le habia pedido la efectuase : le hizo ver que lo que se queria era justo, pues la libertad del pais y del principe eran las primeras necesidades de una nacion : por ultimo llamó su atencion a que el credito é influjo de su persona para con sus vasallos , no podria ya en lo sucesivo ser util a los Españoles si persistian en no salir de Mejico , pues que habiendo tomado las armas sin consultarle, no las depondrian aunque se los mandase, y de esta manera padeceria su autoridad sin que los Españoles pudiesen sacar de ella la menor ventaja. Bastante penetrado se hallaba Cortes de estas verdades para que pensase resistir a la voluntad de Moctezuma , asi es que cuando por su propuesta se le presentó un medio tan inesperado para retirarse con decoro, lo abrazó inmediatamente y prometió salir de la ciudad luego que las hostilidades cesasen. Moctezuma que no esperaba hallar sino oposicion y se habia prevenido para combatirla con enerjia, se llenó de alborozo por la deferencia del general español y le prometió lo que pedia.

El negocio parecia concluido de una manera satisfactoria para ambas partes; pero el destino habia dispuesto las cosas de otro modo. Los Mejicanos emprendieron al dia siguiente el ataque del cuartel cuando Cortes arreglaba, en una conferencia con Moctezuma, el modo de retirarse. El acometimiento fué general, y la impetuosidad del ataque tan

grande, que los Españoles todos tuvieron que acudir a la defensa , y no eran ya bastantes a resistir el impulso de una masa compacta que se precipitaba sobre ellos a pesar del estrago de las armas de fuego , y los oprimia sin cesar por todas partes. Los apuros de los sitiados crecian por momentos , las puertas estaban para caer, y el cuartel empezaba a ser escalado por varios puntos. Moctezuma ofreció entonces salir a apaciguar sus vasallos, y se presentó en un lugar elevado en compañía de sus familiares, y adornado con todas las insignias de su dignidad. A su vista cesó el tumulto y entró todo en el mas profundo silencio : su discurso fué breve y escuchado con atencion : dijo estar muy reconocido por un movimiento que suponía no haber tenido otro objeto que el de ponerlo en libertad, disculpó los medios de que se habian valido en atencion a la importancia del fin : los alabó de un modo tan suave y ajeno de su orgullo, que desde luego indicaba el miedo de que se hallaba poseido : y concluyó poniendo en noticia de la multitud lo que habia acordado con el general español sobre la salida de su ejercito.

Pero el emperador no era ya para los Mejicanos sino un prisionero envilecido y humillado, que por su cobardia habia sacrificado a unos aventureros la independenciam y esplendor de su dignidad y la libertad de su nacion. Sin duda debieron hacerse circular

anticipadamente estas consideraciones en un pueblo ya irritado, que solo se habia contenido por los primeros impulsos del habito de respetar a su monarca, pues apenas habia acabado de hablar este, cuando se difundió por la multitud un movimiento de indignacion general, que se esplicó primero por dieterios y despues por una lluvia de flechas y piedras contra su persona. Aunque los Españoles acudieron a cubrirlo con sus escudos no pudieron impedir que una piedra lo hiriese gravemente en la sien y lo derribase en tierra sin sentido. Cuando la multitud lo vió caer, aterrada de haber cometido un atentado sin ejemplo en los anales mejicanos, se dispersó en todas direcciones como por un impulso maquinal y quedó todo tan solo, que cuando los Españoles acudieron a continuar la defensa del cuartel se hallaron sin enemigos. Luego que Moctezuma volvió en sí se entregó a todos los arrebatos del furor que en un rey soberbio acostumbrado a una sumision absoluta, produce el desacato de sus vasallos. No fué posible calmarlo ni se prestó a ser curado, rompió el vendaje, y victima de su herida a la par que de las mas violentas pasiones, murió al cabo de tres dias maldiciendo sus vasallos y clamando incessantemente por su castigo. Cortes envió el cadaver a los principales de la ciudad que le hicieron los honores funebres con toda la pompa y suntuosidad de estilo, y con muestras de dolor y sentimiento

poco compatibles con el suceso que le privó de la vida.

La muerte de Moctezuma dió en tierra con las debiles esperanzas que Cortes podia fundar en el, por ella se hizo ya imposible una retirada pacifica, que era lo mejor a que por entonces podian aspirar los Españoles, y los cuidados del general se aumentaron cuando las hostilidades, que habian cesado durante las exequias del difunto y la eleccion y posesion de su sucesor, se rompieron de nuevo sin dar respuesta a las proposiciones de paz, que mediante los familiares de Moctezuma, se habian hecho al nuevo gobierno. Cuitlauatzin, rey de Ystapalapa, que habia sido electo emperador, continuó el mismo plan de acabar con los Españoles, impidiendoles la salida y oprimiendolos con el numero. Asi es que se volvió al ataque del cuartel, aparecieron las calles llenas de guerreros y ocupadas militarmente las alturas inmediatas; una de ellas era el templo mayor que lo dominaba enteramente, y desde el cual eran hostilizados sin cesar los Españoles que salian a los patios o azoteas. Determinado Cortes a desalojar de el al enemigo, y atacarlo en todos sus puntos, salió con el grueso de su gente, y comisionó al capitan Juan de Escobar para que se apoderase del puesto que incomodaba al cuartel. Este templo era como todos los de Mejico, es decir una masa solida de muy grande elevacion, sobre la cual se hallaban cons-

truidas algunas capillas, y se subia a el por una escalera muy pendiente. Escobar emprendió por ella su ataque y venció sin obstaculo considerable la mayor parte de las gradas; mas cuando se hallaba bastante avanzado, vino sobre el una lluvia de flechas y piedras de enorme magnitud, que arrastraban consigo quanto encontraban al paso. Para desalojar de los pretils del templo al enemigo, se hizo uso de las armas de fuego; pero a pesar de ellas y de la constancia e intrepidez de los que sostenian el ataque, no se avanzaba un paso y sus filas eran a cada momento rotas. Entonces Cortes que se hallaba no muy distante tomó la cosa por su cuenta, cargó gran parte de su gente y se apoderó de la altura. Los que no habian sabido sostenerse cuando tenian una posicion que las ventajas locales hacian inespugnable, fueron completamente derrotados luego que la perdieron: los unos murieron al filo de la espada y los mas perecieron precipitados de la altura. Entre estos hubo dos, que resueltos ya a morir, quisieron hacerlo prestando a su patria un señalado servicio, haciendo perecer a su principal enemigo; para lo cual se hincaron ante Cortes que se hallaba proximo al pretil, en ademan de rendidos; y cuando este los escuchaba, hallandose mas distraido por atender a su demanda, se abrazaron con el, lo asieron fuertemente y se precipitaron de la altura con el designio de llevarselo consigo, lo que se

habria verificado, si a costa de grandes esfuerzos no hubiese logrado desprenderse de ellos.

Tomado el templo fué inmediatamente incendiado despues de haberse trasladado al cuartel los viveres que en el habia; y Cortes, desembarazado ya de este empeño, acudió con la caballeria a lo mas recio del combate que estaba en toda su fuerza en la calle de Tacuba. Los caballos desacian en momentos quanto encontraban al paso, y la infanteria que se hallaba a retaguardia acababa la derrota que Cortes habia empezado. Mas este tuvo la indiscrecion de adelantarse demasiado y salvar muchos puentes de la calzada, dejando un grande trecho entre su persona y los que lo acompañaban, con lo cual quedó cortado por las fuerzas enemigas que le cargaron de tropel. En este apuro echó por el flanco tomando una calle que juzgó podria conducirle a la espalda de su retaguardia: a pocos pasos dió con una partida que llevaba preso a su grande amigo Andres de Duero, y entonces olvidando su riesgo personal acometió con ella e inmediatamente la hizo soltar al preso, que ayudandose con un puñal oculto en sus vestidos recobró su caballo, se unió a Cortes y ambos se abrieron paso hasta reunirse con los suyos.

El enemigo, batido en todas partes y aterrado con sus inmensas perdidas, cambió de plan despues de esta accion, y se resolvió a entretener a Cortes con

proposiciones de paz, alargando la negociacion cuanto fuese necesario para que consumidos los viveres y debilitados por el hambre los Españoles, no se hallasen en estado de resistir los ataques sobre el cuartel que se reservaban para entonces. Mas temiendo que llegasen estos a conocer lo que se tramaba, tomaron al mismo tiempo todas las precauciones posibles para impedirles la retirada, cortando los puentes, inutilizando las calles y calzadas, y apostando cerca de ellas a trechos canoas con gente armada que, atacandolos por los flancos les imposibilitasen el paso.

Cortes, que penetró los designios de sus enemigos, y se hallaba ya practicamente convencido de la imposibilidad de mantenerse en Mejico, reunió a sus capitanes, no para tratar de la retirada, pues ya este era punto que no podia ponerse en cuestion, sino para acordar el modo de verificarla. Desde luego se convino en la necesidad de salir en el mismo dia para evitar todos los obstaculos que podian impedir el paso si se diferia para mas tarde: la principal dificultad que consistia en las cortaduras, no se halló otro medio de salvarla que la construccion de un ponton capaz de trasladarse de una a otra: mayores dudas se pulsaron sobre si la salida deberia ser a la luz del dia o en las tinieblas de la noche, mas como las resoluciones eran urgentes en aquellas circunstancias, no se deliberó mucho, y se acordó fiar a la oscuridad la seguridad del ejerci-

to, sin otro fundamento que el lijerisimo de que los Mejicanos no acostumbraban pelear de noche. Esta resolucion fué funesta, pues por ella quedaron privados los Españoles de las ventajas de ver venir al enemigo, conocer el terreno sobre que se peleaba y poder resistir cerrados, cosas todas inasequibles en la confusion que producen las tinieblas, y que constituian esencialmente la superioridad que tenian sobre el ejercito mejicano. Para adormecer la vijilancia de los enemigos, en la misma tarde se les mandó uno de los de la servidumbre de Moctezuma que adelantase las negociaciones entabladas sobre la paz, ofreciendo que la retirada a mas tardar seria dentro de ocho dias. Luego que oscureció se trató de la marcha y se encargó la vanguardia a Sandoval, la retaguardia a Velasquez de Leon y a Pedro de Alvarado, y el centro con la artilleria bagajes y demas articulos voluminosos, por ser de pura conduccion, se lo reservó Cortes. El tesoro, separado el quinto del rey, se abandonó a los que de los soldados quisiesen aprovecharse de el, y esta indiscrecion hizo que muchos pudiesen en la refriega por haber tomado mas de lo que podian conducir sin perjuicio de su defensa.

Cuando todo estaba dispuesto, que fué hacia la media noche, se emprendió la marcha por la actual calle y calzada de Tacuba en el mas profundo silencio. Hasta la primera cortadura no se halló el



menor obstaculo ni oposicion : esto y lo lluvioso y oscuro de la noche hizo presumir que nada habria que temer por parte de los Mejicanos. El ponton se colocó para el paso del ejercito : desde luego se conoció que con el peso que sobre el habia cargado , no seria ya posible arrancarlo de aquel punto , ni trasladarlo a otra parte. Mas no llegó el caso de intentarlo , porque aun no acababa de pasar la retaguardia, cuando se declaró por todas partes el combate con un estrepito que como inesperado desconcertó a los Españoles. Mientras se mantuvieron cerrados y pelearon en orden , arrollaron con cuanto les hacia oposicion , así es que las masas que los acometian en el segundo tramo de la calzada, a pesar de su intrepidez y constancia fueron constantemente derrotadas. Mas cuando se llegó a la segunda cortadura, todo varió de aspecto ; la imposibilidad de pasarla en formacion por falta de puente , y el deseo que cada uno tenia de hacerlo como pudiese, hizo que los esfuerzos que debian ser comunes quedasen puramente individuales, con lo cual se perdió todo el orden y concierto, se mezclaron unos con otros Españoles y Mejicanos, daban y recibian golpes sin saber la mano que los descargaba, y cada cual, procurando salvarse, no cuidaba de los demas. El desorden se hizo sentir principalmente en el ultimo trozo del centro y en toda la retaguardia, pues esta parte del ejercito tenía mayores dificultades que

vencer, y sobre ella cargó todo el grueso de las fuerzas mejicanas, así es que fué completamente derrotada pereciendo todos los que iban, a escepcion de Alvarado y uno u otro que apenas pudo salvar. La vanguardia y una parte del centro que mandaba Cortes salieron por fin de la calzada no sin perdida , y Cortes fué y vino muchas veces del continente a la calzada para salvar los pequeños restos de su ejercito que aun se mantenian peleando , lo cual logró en parte por este medio, pues recojió a muchos que de otro modo habrian perecido.

Así se pasó esta noche tan justamente llamada *triste* por los Españoles , y al amanecer se hizo alto en las playas inmediatas a la laguna, para recibir algunos rezagados que pudiesen presentarse. Entonces conoció Cortes toda la estension de sus perdidas. Con escepcion de muy pocos habian perecido todos los Tlascaltecas, Zempoales y demas aliados, y de los Españoles faltaban a lo menos las dos terceras partes. La artilleria, las municiones y el tesoro, todo fué presa del enemigo; los heridos eran casi todos los que quedaban, y se hallaban tan rendidos a la fatiga y al cansancio, que apenas podian mantenerse en pie ni sostener las armas. El animo varonil de Cortes no pudo ser insensible a la vista de este cuadro lastimoso : su semblante se veia bañado en lagrimas mal reprimidas, al tiempo de dictar las ordenes y disposiciones para la marcha , la cual se

verificó cuando acabaron de perderse las esperanzas de que se presentase ninguno, tratándose por lo pronto solamente de ocupar un puesto de fácil defensa que proporcionase algún descanso.

Los Mejicanos habiendo visto con la claridad del día que los hijos de Moctezuma habían perecido en la retirada de los Españoles, se ocuparon de hacerles los funerales, e inquietaron poco la marcha del ejército, el cual halló el puesto que buscaba en un pequeño cerro en que hoy día está edificado el templo de los remedios, y entonces había un adoratorio en el cual se acomodaron los Españoles y lograron descansar aquella noche, recobrando algo sus fuerzas para continuar su retirada al día siguiente.

Como Mejico quedaba entre Tlascala y el punto que ocupaba el ejército, era necesario dar una vuelta muy considerable para llegar a aquella ciudad, todo por caminos desconocidos y en territorio mejicano; sin embargo no pudiendo hacerse otra cosa se adoptó este partido como único, y dirigió la marcha un Tlascalteca que se ofreció a hacerlo por lugares en que hubiese poco que temer; así se verificó, y en seis días se atravesaron senderos en parte muy fragosos, y en parte llenos de pantanos, en los cuales fueron los Españoles constantemente molestados por el cansancio, la hambre y la sed, y mas que todo por los Mejicanos; quienes los acometían desfilando por las alturas o presentándose

en peloton en los lugares estrechos. Se peleaba continuamente de día, las mas de las noches era necesario acampar al raso y careciendo de todo, sufrir el rigor de la intemperie muy cruda por las lluvias que en esta estacion caen en Mejico a torrentes. Estas fatigas sin embargo se toleraban con la expectativa del descanso que todos aguardaban por momentos disfrutar en Tlascala; mas el desaliento llegó a lo sumo cuando en el sexto día al encumbrar una pequeña altura sobre Otumba, descubrieron una gran llanura por donde debían pasar cubierta toda del ejército mejicano. Aquí Cortés necesitó de todo su valor y presencia de ánimo para resolver a sus soldados a pelear: llegó el caso dijo de *morir o vencer*, y los que se hallaban en tan dura alternativa acometieron con la intrepidez y denuedo de la desesperacion: no se daba golpe que no destruyese un enemigo, ni carga que no produjese una derrota; pero estos triunfos eran todos sin fruto ni resultado, pues el ejército mejicano se mantenía en pie reponiendo sus perdidas con mucha facilidad, cuando las fuerzas de los que combatían en el español se apuraban por momentos. Ya estaban próximos a ceder faltos de aliento aun para sostener las armas, cuando Cortés hizo memoria de haber oído decir que los Mejicanos se daban por vencidos luego que el estandarte del imperio caía en poder del enemigo. Entonces resolvió hacer el último es-

fuerzo para apoderarse de este talisman de la victoria. Hizo pues que Sandoval, Alvarado, Olid y Davila se pusiesen montados a su lado, y le ayudasen a romper con el grueso del enemigo hasta llegar al centro de su ejercito en el que el general mejicano, sentado sobre unas andas, enarbolaba el estandarte. Con el impulso de los caballos logró romper la multitud enemiga, y cuando ya estaba cerca del general que lo portaba, de un bote de lanza lo echó por tierra y un soldado acabó de matarlo recojiendole el estandarte que puso en manos de Cortes. En el momento la dispersion fué general y la derrota se siguió a pocos momentos. Los Españoles no tuvieron ya mas ocupacion que acuchillar fujitivos que se embarazaban unos a otros, ellos mismos facilitaban su muerte, y la perdida fué la mayor que sufrieron los ejercitos de Mejico en batalla campal.

Esta victoria fué comprada a poquisima costa, pues la perdida de los Españoles fué muy corta aunque Cortes recibió en la cabeza un violento golpe de piedra que le hizo una herida y contusion, la cual despues llegó a ser de cuidado. Cuando se hubo dado algun tiempo a los Españoles para aprovecharse del despojo que fué grande, pues los principales nobles mejicanos habian venido como de costumbre a la batalla adornados de sus mejores joyas, se mandó que acudiesen los dispersos para formarse y proseguir la marcha. Aunque Cortes te-

nia se reuniesen de nuevo los Mejicanos y volviesen a presentarle batalla antes de entrar en el territorio de Tlascala, solo se limitaron a aparecer a lo lejos en pelotones y a prorumpir en dicterios y amenazas. Se entró por fin en los campos pertenecientes a la republica, aunque con algun cuidado sobre el modo con que serian recibidos. La frialdad que manifestó el senado cuando vió en peligro la fortuna de Cortes por la espedicion de Narvaez, era bastante motivo para temer que sucediese lo mismo cuando las inmensas perdidas sufridas en Mejico, eran una prueba decisiva de que podia ser derrotado. No sabemos cuales habrian sido las disposiciones de los Tlascaltecas sin el feliz exito de la batalla de Otumba; pero se puede asegurar que ella entró muy principalmente a la parte en la buena acogida que se hizo a los Españoles.

A las inmediaciones de Tlascala donde se hizo alto, llegaron los principales gefes de esta republica a felicitar a Cortes por su victoria y a ofrecerle todo aquello de que podian disponer. Este por su parte quiso asegurar en ellos las buenas disposiciones de que se mostraban animados, y para lograrlo repartió con profusion el despojo de los Mejicanos en Otumba. La entrada del ejercito en la ciudad fué solemnizada con todo genero de fiestas y diversiones: los Españoles se alojaron con toda comodidad, y los principales capitanes fueron hospedados en